

Discurso del secretario de Relaciones Exteriores, Fernando Solana, en la inauguración de la V Reunión del Consejo de Ministros de la Asociación Latinoamericana de Integración

Excelentísimos señores ministros de Relaciones Exteriores y jefes de Delegación:
excelentísimo señor Jorge Luis Ordóñez,
secretario general de Aladi;
señor secretario de Comercio y Fomento Industrial de México;

señoras y señores:

Esta es una ocasión especialmente significativa para México. En nombre del presidente Carlos Salinas de Gortari les damos la más cordial bienvenida a nuestro país en ocasión de esta V Reunión Ministerial de la Asociación Latinoamericana de Integración (Aladi). México desea apoyar en todo lo necesario la labor de la Secretaría General, y en particular la que está empeñado en realizar Jorge Luis Ordóñez. Tenemos la convicción de que las tareas que nos ocupan estos días marcarán el destino de nuestra Asociación.

El mundo cambia con una rapidez y profundidad hasta hace poco inimaginables. Se modifican las estructuras económicas, políticas y sociales en regiones distantes. Transformaciones simultáneas en diversos aspectos definen un escenario de cambio sin precedente.

México ha resuelto no estar ajeno a lo que sucede en el mundo, y mucho menos aislarse. Por eso desde hace varios años se trabaja a fin de establecer las condiciones necesarias para interactuar mejor en la economía internacional del mañana.

En primer lugar, se llevó a cabo un profundo ajuste macroeconómico para reducir la inflación y controlar los desequilibrios fiscales, financieros y de balanza de pagos. El déficit del sector público se redujo de 17% del PIB en 1982 a 6% en 1989. Y el presidente Salinas de Gortari ha señalado una meta de 1% para este año.

También se corrigió la situación financiera. El sistema se flexibilizó para ofrecer rendimientos reales a los ahorradores y se eliminaron subsidios injustificados. El cambio en el sector externo fue extraordinario. México pasó de exportar 4 mil 700 millones de dólares de productos no petroleros en 1982 a exportar 15 mil millones de dólares de esos bienes el año pasado. Las exportaciones petroleras disminuyeron su importancia relativa: en 1980 representaban 80% del total, ahora significan alrededor del 30 por ciento.

Para lograr lo anterior se actuó en varios frentes, en especial en lo que toca a la apertura comercial. En 1982 todos los bienes y servicios estaban sujetos a permiso previo de importación. El año pasado sólo 20% del valor de las importaciones estuvo sujeto a ese requisito. Los aranceles disminuyeron drásticamente: de un máximo de 100% en 1982, a 20% en la actualidad. Al mismo tiempo se redujo su dispersión. Como resultado, México es hoy una de las economías más abiertas del mundo, con un arancel ponderado promedio inferior al 10 por ciento.

Un aspecto central de la estrategia económica lo consti-

tuyó la renegociación de nuestra deuda externa. En el centro de la crisis de México se encuentra el hecho de que mi país haya transferido al exterior cuantiosos recursos: del orden de 6% del PIB durante la década de los ochenta. Esto es, aproximadamente, 70 mil millones de dólares en un lapso de ocho años.

Por eso era indispensable reestructurar esa deuda en términos que le permitieran a México volver a crecer. La negociación recientemente concluida es satisfactoria para ese fin, lo que se ha reflejado en múltiples signos de mayor confianza interna y en el exterior.

Además del ajuste macroeconómico se avanzó en la reforma estructural. Se instrumentaron múltiples medidas para modernizar el país en lo económico y en lo político. En el primer campo, destacan la desvinculación de diversas empresas del sector público; el número de entidades que forman parte de ese sector se redujo de más de 1 mil 155 en 1982 a menos de 400 en 1989. Además, se avanzó en la desregulación de diversas actividades y sectores, particularmente en inversión extranjera, transporte público, industria petroquímica, maquiladora e industria automotriz.

En lo político, se avanzó en la reforma electoral con reformas constitucionales que habrán de fortalecer nuestra democracia en todos sus aspectos.

México ha optado por este camino porque está convencido del valor fundamental del esfuerzo interno para superar el estancamiento de los ochenta que, desafortunadamente, ha sido común al resto de los países de América Latina.

Es verdad que para todos los latinoamericanos los precios relativos y flujos financieros internacionales nos han sido bárbaramente desfavorables en los últimos años; que muchos años de esfuerzo se perdieron mientras la región transfirió cuantiosos recursos para el pago de su endeudamiento externo. Sin embargo, el hecho es que esa es nuestra realidad. Y hay que enfrentarla. Los mexicanos estamos convencidos de que nadie hará por nosotros lo que no hagamos nosotros mismos. Corregir vicios y errores del pasado. Modernizar nuestros aparatos productivos. Superar viejos atavismos. No hay otro camino.

Junto con los países que ustedes dignamente representan, México ha atestiguado un proceso doloroso: durante la década de los ochenta, América Latina estuvo hundida en una profunda crisis. En tanto, en otras regiones del mundo hubo prosperidad, distensión, acercamiento e integración.

La década de los ochenta, crítica para América Latina, fue, paradójicamente, de crecimiento inusitado en las regiones ricas del mundo, incluidos los Estados Unidos de América. En efecto, la economía norteamericana pasó de ser 16 veces más grande que la mexicana en 1980 a 27 veces mayor en 1989. De igual manera y en el mismo lapso, el ingreso por individuo de ese país aumentó de significar seis veces el de México a representar diez veces.

A nivel continental el proceso de polarización fue similar: en 1980 el ingreso por habitante de los dos países más desarrollados de América (Canadá y Estados Unidos) era seis veces superior al del resto del continente. Esta diferencia aumentó a casi doce veces hacia fines de los ochenta. Y este es sólo un indicador del aumento de las diferencias entre el mundo de los países más industrializados y el nuestro.

De no hacer algo, parecería que a Latinoamérica se le escapa el mundo del siglo XXI. Algunos países actuamos aisladamente para acceder a la realidad mundial de esta década

y, sobre todo, de la próxima. Pero no hemos avanzado en conjunto. Ese es el principal problema a corregir.

Cada país de América Latina está realizando su propio esfuerzo. Pero podemos incorporarnos mejor al siglo XXI si actuamos juntos. Y debemos hacerlo ahora. Es indispensable volver realidad los viejos anhelos de integración para que nuestros mercados se fortalezcan mutuamente, para que mayores escalas de producción nos permitan ser mucho más productivos.

Para lograr esa competitividad es necesario reformular los regímenes comerciales. Sin embargo, reducir aranceles y eliminar barreras no arancelarias al comercio no son requisito sólo para avanzar hacia la integración. Hacerlo es indispensable para que nuestras economías puedan subsistir: para que sean viables en el siglo XXI. Por eso se debe abandonar la retórica de los números pequeños. La responsabilidad histórica de nuestra Asociación es superar, entre otras inercias, las largas negociaciones de pequeñas concesiones, para entrar de lleno a planteamientos audaces que realmente acerquen y estimulen a nuestras economías.

México aprovecha esta ocasión para refrendar su compromiso con América Latina. Sin embargo, debe reiterarse que este compromiso de México no puede entenderse como una autolimitación para aprovechar las oportunidades que brinda la interacción económica con otras regiones del mundo.

México no afecta su relación con América Latina al buscar una mayor interacción con otras regiones. Un mayor intercambio comercial con América del Norte, con Europa o con la Cuenca del Pacífico no implicaría disminuir el intercambio con Latinoamérica. No cambiaremos la posición prioritaria de América Latina en nuestras prioridades. Pero tampoco podemos negarnos, ninguno de nosotros, a interactuar más con el resto del mundo.

El tiempo se nos ha venido encima. América Latina no puede dejar pasar esta oportunidad. Lo que sucede en el mundo y lo que demandan nuestros pueblos constituye una ocasión particularmente propicia para que demos el salto audaz que se requiere. Ni nuestros pueblos ahora ni las futuras generaciones mañana nos perdonarían si desaprovecháramos la coyuntura.

La integración implica algo más que apertura comercial. Efectivamente, requiere concluir, primero, los objetivos de apertura comercial entre nosotros. Eso ayudará a integrar mercados. Y, sobre todo, a hacer más eficientes y competitivas nuestras economías. Resulta inadmisibles que América Latina contribuya con menos del 5% al comercio mundial. Más inaceptable es que apenas 17% de ese monto mínimo lo constituya el comercio intralatinoamericano.

Lo que ha sucedido en la Aladi desde 1980 debe sacudir nuestras conciencias. Pocos hechos en relación con las palabras, por describirlo de manera sucinta. Mientras los países miembros debatimos cómo realizar la integración, los de otras regiones han avanzado en su integración. Mientras aquí nos preocupamos por procedimientos, en otras latitudes avanzan primero y explican después. América Latina ha obsequiado largos y valiosos años a la retórica y a la auto-compasión. Hemos confundido el "ser" con el "querer ser". El costo de esta confusión ha sido muy alto.

Como se señala en los documentos preparados por la Secretaría General, nuestra Asociación debe evolucionar de un periodo de revisión de la regulación comercial, por lla-

marlo de alguna manera, a otro de promoción. Concluamos pronto nuestros propósitos en materia de liberalización comercial. Profundicemos nuestras preferencias mutuas hoy, no mañana. Reconozcamos de inmediato que el proteccionismo entre nosotros y para con el resto del mundo atenta contra nuestra competitividad. Sin productividad no será posible hacer viables nuestras economías en el mediano plazo.

Caminemos hacia una integración entendida en un sentido comprensivo. Integración para competir, para sobrevivir y prosperar en la economía internacional del siglo XXI. Una integración que implique también competitividad fiscal, penetración de los mercados, absorción de tecnologías, técnicas renovadas de administración, en una palabra, producti-

vidad.

Señores ministros;
señoras y señores:

Concluyo reiterándoles nuestra más cordial bienvenida a la ciudad de México. Dejo sobre la mesa el compromiso histórico y político de México con América Latina. Planteo con convicción la urgencia de que esta reunión produzca compromisos y acuerdos que nos permitan recuperar los diez años anteriores. Debemos dar el salto del año 1980 al año 2000. Esa es la convocatoria de México.

Tlatelolco, D.F., 30 de abril de 1990.